



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVII

Nº 18

12.02.2023

DOMINGO DE LA 6ª SEMANA DEL T. ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Eclesiástico (Eclo 15, 15-20)
Salmo Responsorial	Salmo 118 (Sal 118, 1-2. 4-5. 17-18. 33-34)
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1Cor 2, 6-10)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MATEO (Mt 5, 17-37):

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno sólo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.

Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: **“No matarás”**, y el que mate será reo de juicio. Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano **“imbécil”**, tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama **“necio”**, merece la condena de la **“gehenna”** del fuego. Por tanto, si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda. Con el que te pone pleito, procura arreglarlo enseguida, mientras vais todavía de camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

Habéis oído que se dijo: **“No cometerás adulterio”**. Pero yo os digo: todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. Si tu ojo derecho te induce a pecar, sácatelo y tíralo. Más te vale perder un miembro que ser echado entero en la **“gehenna”**. Si tu mano derecha te induce a pecar, córtatela y tírala, porque más te vale perder un miembro que ir a parar entero a la **“gehenna”**. Se dijo: **“El que repudie a su mujer, que le dé acta de repudio”**. Pero yo os digo que si uno repudia a su mujer - no hablo de unión ilegítima - la induce a cometer adulterio, y el que se casa con la repudiada comete adulterio.

También habéis oído que se dijo a los antiguos: **“No jurarás en falso”** y **“Cumplirás tus juramentos al Señor”**. Pero yo os digo que no juréis en absoluto: ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del Gran Rey. Ni jures por tu cabeza, pues no puedes volver blanco o negro un solo cabello. Que vuestro hablar sea sí, sí, no, no. Lo que pasa de ahí viene del Maligno».

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

«No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud»



¿Pero qué significa esta «plenitud» de la Ley? Y esta justicia mayor, **¿en qué consiste?**

Jesús mismo nos responde con algunos ejemplos. Jesús era práctico, hablaba siempre con ejemplos para hacerse entender. Inicia desde el quinto mandamiento: «Habéis oído que se dijo a los antiguos: **«No matarás»**; ... Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado» (vv. 21-22). Con esto, Jesús nos recuerda que incluso las palabras pueden matar. Cuando se dice de una persona que tiene la lengua de serpiente, ¿qué se quiere decir? Que sus palabras matan. Por lo tanto, no sólo no hay que atentar contra la vida del prójimo, sino que tampoco hay que derramar sobre él el veneno de la ira y golpearlo con la calumnia. Ni tampoco hablar mal de él. Llegamos a las habladurías: las habladurías también pueden matar porque matan la fama de las personas.

La Formación Litúrgica del Pueblo de Dios

Carta «Desiderio Desideravi» del Santo Padre Francisco

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar (Lc 22, 15). (9)

(“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”). (Continúa la Carta del Santo Padre):

8. El «Ars Celebrandi» (Cont.)

Al hablar de este tema, podemos pensar que sólo concierne a los ministros ordenados que ejercen el servicio de la presidencia. En realidad, es una actitud a la que están llamados a vivir todos los bautizados. Pienso en todos los gestos y palabras que pertenecen a la asamblea: **reunirse, caminar en procesión, sentarse, estar de pie, arrodillarse, cantar, estar en silencio, aclamar, mirar, escuchar.**



Realizar todos juntos el mismo gesto, hablar todos a la vez, transmite a los individuos la fuerza de toda la asamblea. Es una uniformidad que no sólo no mortifica, sino que, por el contrario, educa a cada fiel a descubrir la auténtica singularidad de su personalidad, no con actitudes individualistas, sino siendo conscientes de ser un solo cuerpo. **No se trata de tener que seguir un protocolo litúrgico:** se trata más bien de una “**disciplina**” que, si se observa con autenticidad, nos forma: **son gestos y palabras que ponen orden en nuestro mundo interior**, haciéndonos experimentar sentimientos, actitudes, comportamientos.

Entre los gestos rituales que pertenecen a toda la asamblea, **el silencio ocupa un lugar de absoluta importancia.** Varias veces se prescribe expresamente en las rúbricas: toda la celebración eucarística está inmersa en el silencio que precede a su inicio y marca cada momento de su desarrollo ritual. No es un refugio para esconderse en un aislamiento intimista, padeciendo la ritualidad como si fuera una distracción: tal silencio estaría en contradicción con la esencia misma de la celebración. **El silencio litúrgico es mucho más: es el símbolo de la presencia y la acción del Espíritu Santo que anima toda la acción celebrativa, por lo que, a menudo, constituye la culminación de una secuencia ritual.** Por eso, estamos llamados a realizar con extremo cuidado el gesto simbólico del silencio: en él nos da forma el Espíritu.

Cada gesto y cada palabra contienen una acción precisa que es siempre nueva, porque encuentra un momento siempre nuevo en nuestra vida. Permitidme explicarlo con un sencillo ejemplo. **Nos arrodillamos para pedir perdón; para doblegar nuestro orgullo; para entregar nuestras lágrimas a Dios; para suplicar su intervención; para agradecerle un don recibido: es siempre el mismo gesto, que expresa esencialmente nuestra pequeñez ante Dios.** Si todo esto es cierto para este simple gesto, ¿cuánto más para la celebración de la Palabra? ¿Qué arte estamos llamados a aprender al proclamar la Palabra, al escucharla, al hacerla inspiración de nuestra oración, al hacer que se haga vida? Todo ello merece el máximo cuidado, no formal, exterior, sino vital, interior, porque **cada gesto y cada palabra de la celebración expresada con “arte” forma la personalidad cristiana del individuo y de la comunidad.**

Si bien es cierto que el ‘**ars celebrandi**’ concierne a toda la asamblea que celebra, no es menos cierto que los ministros ordenados deben cuidarlo especialmente. Visitando comunidades cristianas he comprobado, a menudo, que su forma de vivir la celebración está condicionada –para bien, y desgraciadamente también para mal– por la forma en que su párroco preside la asamblea. Podríamos decir que existen diferentes “modelos” de presidencia. Creo que la inadecuación de estos modelos tiene una raíz común: un exagerado personalismo en el estilo celebrativo que, en ocasiones, expresa una mal disimulada manía de protagonismo.

Se podría decir mucho sobre la importancia y el cuidado de la presidencia...

Seguirá en la H.S. de la próxima semana...

Vittorio Messori, es conocido internacionalmente, por sus libros católicos, algunos con más de veinte millones de copias. Nos dice: mis padres desde pequeño me inculcaron la aversión a la Iglesia institucional. Me bautizaron como si fuera una especie de rito supersticioso, sociológico. En Turín asistí a un colegio donde se hablaba de religión sólo para inculcarnos el desprecio hacia ella. O sea, que, si por mi familia estaba imbuido de anticlericalismo, la escuela llovió sobre mojado al enseñarme la cultura del liberal-marxismo".



Estudió Ciencias Políticas. Decía el teólogo protestante Karl Barth que «cuando el cielo se vacía de Dios, la tierra se llena de ídolos». Nos cuenta: para mí el cielo estaba vacío, y uno de los ídolos que llenaba la tierra era precisamente la política. Estaba muy comprometido con los partidos de izquierda. Se da cuenta con el tiempo de que la política no podía proporcionarle las respuestas sobre el sentido de la vida. Sin embargo, aun consciente de esas carencias de la política, a la vez estaba convencido de que no podría encontrar respuestas fuera de ella, precisamente porque formaba parte de los que rechazaban el cristianismo sin tomarse la molestia de conocerlo. Pensaba que cualquier dimensión religiosa pertenecía a un mundo pasado, al que un joven moderno como yo no podía tomar en serio. (...) El Evangelio nunca lo había abierto, porque pensaba sin más que formaba parte del folklore oriental, del mito, de la leyenda.

Mi hallazgo de la fe fue un encuentro directo con la misteriosa figura de Jesús, al empezar a leer el Evangelio, en un momento psicológico especial, en que me encontraba en mi casa solo. La lectura de aquel texto, fue algo que todavía hoy me tiene aturdido. Cambió mi vida, al darme cuenta de que allí había un misterio, al que valía la pena dedicar la vida. La situación que se creó fue todo un drama para mí. Por una parte, me di cuenta de que mi vida debía cambiar. Me hacía sufrir el que, si mi familia se enteraba de lo que me sucedía, tendría problemas. De hecho, cuando mi madre supo que asistía a Misa, telefoneó al médico y le dijo: «Venga, doctor. Mi hijo padece una fuerte depresión nerviosa». «¿Qué síntomas tiene?», y mi madre le contestó: «algo muy grave, he descubierto que va a Misa».

Había otro aspecto que era una especie de choque entre dos posturas. Por un lado, algo me hacía ver que en el Evangelio estaba aquella verdad que había buscado. Se trataba de una experiencia del Evangelio como "encuentro", no sólo como palabra o valor moral. Para mí, el Evangelio no es un libro, sino una Persona. Era la experiencia de un encuentro fulgurante, consolador y a la vez inquietante, porque entonces yo sentí como disociación entre la intuición que me había hecho entender que allí, en el Evangelio, estaba la verdad, y mi razón, que me decía: No, es imposible, te equivocas.

Desde entonces he procurado dar respuesta a esta pregunta: ¿Se puede creer, se puede tomar en serio la fe, puede un hombre de hoy apostar por el Evangelio? Todo ha girado en torno a la fe, a la posibilidad misma de creer. Ha sido una aventura solitaria en la que me guió Pascal: un hombre de hace 300 años, convertido como yo, que no quería renunciar a la razón y que antes de rendirse a la fe, deseaba agotar todas las posibilidades. Él me ayudó a descubrir esa nueva Atlántida personal. En la lógica de la Encarnación, no sólo juzgo legítima a la Iglesia institucional, sino que la considero necesaria, indispensable. ¿Cuándo decidí aceptar la Iglesia? Cuando, al reflexionar sobre el Evangelio para intentar conocer mejor el mensaje de Jesús, me di cuenta de que el Dios de Jesús es un Dios que quiso necesitar a los hombres, que no quiso hacerlo todo solo, sino que quiso confiar su mensaje y los signos de su gracia -los sacramentos- a una comunidad humana. Es decir, la Iglesia forma parte del proyecto de Dios. Me ha costado muchos años, pero ahora estoy convencido de que, sin la mediación de un grupo humano, en el fondo no tomaríamos en serio la mediación de Jesús. Es decir, he tenido un encuentro misterioso y fulgurante con el Evangelio, con una Persona, con Jesucristo; y después con la Iglesia".



LA DIVINIDAD DE JESÚS (18): LA RESURRECCION DE JESÚS (4)

La verdad de la divinidad de Jesús es confirmada por su Resurrección. Él había dicho: "Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy" (Jn 8, 28). La Resurrección del Crucificado demostró que verdaderamente, Él era "Yo Soy", el Hijo de Dios y Dios mismo.

San Pablo pudo decir a los judíos: «La Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros [...] al resucitar a Jesús, como está escrito en el salmo primero: "Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy"» (Hch 13, 32-33; cf. Sal 2, 7). La Resurrección de Cristo está estrechamente unida al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios: es su plenitud según el designio eterno de Dios.

Hay un doble aspecto en el misterio pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la *justificación* que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. Rm 4, 25) "a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos [...] así también nosotros vivamos una nueva vida" (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. Ef 2, 4-5; 1 P 1, 3). Realiza la *adopción filial* porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: "Id, avisad a mis hermanos" (Mt 28, 10; Jn 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

Por último, la Resurrección de Cristo —y el propio Cristo resucitado— es principio y fuente de nuestra *resurrección futura*: "Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que durmieron [...] del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (1 Co 15, 20-22). En la espera de que esto se realice, Cristo resucitado vive en el corazón de sus fieles. En Él los cristianos "sabeorean [...] los prodigios del mundo futuro" (Heb 6,5) y su vida es arrastrada por Cristo al seno de la vida divina (cf. Col 3, 1-3) para que ya no vivan para sí los que viven, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co 5, 15).

Resumen:

La fe en la Resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente transcendente en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios.

El sepulcro vacío y las vendas en el suelo significan por sí mismos que el cuerpo de Cristo ha escapado por el poder de Dios de las ataduras de la muerte y de la corrupción. Preparan a los discípulos para su encuentro con el Resucitado.

Cristo, "el primogénito de entre los muertos" (Col 1, 18), es el principio de nuestra propia resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma (cf. Rm 6, 4), más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo (cf. Rm 8, 11).

